**Nuero fisiología de una coincidencia**

Como dos peregrinos que caminan millas juntos y ahora deben separar el rumbo. Como cuerpo y alma que renuncian uno al otro, en el ocaso de una vida. Así mismo –cuando el día llega– se diversifica la energía en sus formas diferentes.

¿Podrá acaso la energía coincidir de nuevo algún día?

Átomos de hidrógeno se fusionan en el centro del sol. Esta fusión produce una ráfaga de energía que peregrina al interior del astro durante diez millones de años, antes de alcanzar su superficie. De allí, la energía emprende el viaje hacia la tierra en forma de luz. Antes de asentarse en las llanuras, se separa uniformemente para entibiecer las plantas. En la planta de una uva, la energía se torna bioquímica además de transmutar en vino. Cuando bebo el vino, la energía finalmente entra en contacto con mi sistema nervioso. ¡Saluti!

Así es cómo, la energía pasa a ser pensamiento.

Cada hombre consciente en esta tierra, es el portador de una pequeña porción de energía que se ha vuelto mente. Somos siete mil millones de fragmentos de energía, que durante millones de años fueron uno –al interior del sol–, y hoy deambulan en la tierra. ¿Podrá acaso la energía coincidir de nuevo algún día? ¿Volver a ser una? A lo mejor sí.

Entre Nueva York y Nairobi, hay 14 horas de vuelo y un océano en el medio. Pocas ciudades tan antípodas y disimiles en el mundo, como estas dos. Pocos podrían advertir en ellas, el escenario perfecto para una coincidencia.

Hay oscuridad.

Y hay luz.

Hay hombres y hay mujeres.

Hay fruta.

Hay restaurantes.

Enfermedad, trabajo y también tráfico.

En ambas ciudades hay todo eso en común. Sí. Pero, más allá de lo obvio, algo verdaderamente extraordinario está sucediendo en estos dos extremos de la tierra: a una distancia de 7,354 millas, la energía por fin volvió a coincidir. Desde luego, no lo hace en espacio, sino en forma. Lo que es aún más misterioso y suculento.

En su gimnasio de Manhattan, en la sexta avenida, Nick, mientras entrena, ha convertido su ración de energía en dolor. En su casa de Nairobi, mirando las gaviotas desde la ventana, Mugure también ha convertido su porción de energía en dolor. Energía coincidiendo exactamente en la peor de sus formas: el dolor.

Al escucharme decir esto, un contertulio incauto diría que mi ejemplo no es del todo preciso, que en la historia de Nick y Mugure, la energía realmente no coincidió exactamente. Pues Mugure se duele al recordar a su amado, Mientras que Nick se duele por la lesión de un tendón.

Esto argumentaría mi detractor:

“Es un error usar la misma palabra para describir esas dos sensaciones de la mente. De hecho, el lenguaje nos permite diferenciarles: dolor emocional y dolor físico. Dos formas diferentes. Así pues, que en Nairobi la energía desembocó en una forma y en otra distinta, lo hizo en Nueva York. Luego, ni en espacio ni en forma la energía coincidió”

Con mayor vehemencia, continuaría:

“Mucha gente en el mundo está transformando ahora mismo su energía, en el mismo dolor que Mugure, pero Nick no: el padre que entierra un hijo, el estudiante que reprobó, el anciano que espera, la mujer que es infértil, el hombre que no perdona, el empresario arruinado, el comediante que no gustó. Todos ellos, al igual que Mugure, sufren el dolor que causa un sentimiento, no el que causa una pesa halando un tendón en Nueva York”

Lo que este hombre no sabe, es que, en realidad, el cerebro es ciego a la causa del dolor, pues usa el mismo mecanismo para generar ambos. En el último eslabón, cuando la carne esta al filo de volverse mente, justo antes de que surja el dolor, la energía –en cualquier caso– debe alcanzar exactamente el mismo punto del encéfalo. Es decir, debe entibiecer y ruborizar exactamente la misma porción de tejido nervioso.

Así que, en nada difiere el dolor del padre que está despidiendo un hijo en el cementerio, al de una madre pariendo otro en el hospital. Como tampoco distan en nada, además de intensidad, el dolor de Mugure en Nairobi y el de Nick en Manhattan. En efecto, la energía después de millones de años de engendrarse en el sol, ha vuelto a una forma coincidente en Nueva York y Nairobi. Desafortunadamente, esa forma fue el dolor.

Se ocasionó por vías diferentes, eso sí. Una emocional y otra somática. Pero es precisamente eso, lo que hace más extraordinario el ejemplo de Nick y Mugure. El hecho de que hasta el último momento, hubo la probabilidad de que la energía no coincidiera en su forma final. En el uno, recorrió un mecanismo nervioso totalmente diferente al del otro. Por eso, siguiendo la prescripción de la lógica, debieron haberse generado dos sensaciones diferentes en el cerebro. Sin embargo, estas vías neuronales, tienen una misma desembocadura: el núcleo accumbens. Es allí donde el cerebro pierde el rastro de la génesis. Haciendo que toda energía que ahí confluya, se convierta puramente en dolor. No existe pues para el cerebro, tal cosa como dolor de la emoción, ni tampoco dolor físico. Cuando el trágico día llega, en que la energía retorna a la misma forma del dolor, todo se reduce a eso: nada más que dolor.

Es solo la ilusión del yo, la que nos hace creer que hay una diferencia.

Como peregrinos que se reencuentran tras años de separación. Como almas que rencarnan en cuerpos que después de mutaciones orgánicas vuelven a una forma viva. Así mismo, se reúne la energía que dividió sus formas para desatar armonía en el universo. No en Nairobi, ni en Nueva York, es en el núcleo accumbens donde tiene cita las energías que tomaron el dolor como vehículo, para reencontrarse. Sin distinguir ya orígenes: trátese de energía de fusión, lumínica o bioquímica; o, si fue física o emocional la causa. La energía vuelve a la unicidad –por lo menos en una de sus formas– cuando alcanza los dominós de la mente. Vuelve a estar en comunión, como lo estaba en las entrañas del sol.

Mil formas coincidentes tienen la energía al interior del cerebro, cuando se transfigura en mente. Pero me han pedido que me enfoque en el dolor. Eso hice. Algunos le llaman meditación.